
GAIL
RANSTROM
El
HEREDERO
PERDIDO
Harlequin Internacional

Dedicado a Las Libertinas, por su amistad incondicional, su abrigo y su apoyo.

Mi agradecimiento especial a Eileen G., Lisa W. y Suzi S., las Escritoras Salvajes. Gracias por mantenerme concentrada, escribiendo y riéndome.

Prólogo

Jueves, 24 de mayo de 1820

—Pero había algo implacablemente metódico en el modo en que desplumaron a mi hermano. Por eso sospecho que hubo trampa.

La señorita Laura Talbot estaba sentada muy recta en el extremo de la silla. Un halo de expectación la rodaba como una nube tormentosa.

—¿Pueden ayudarme?

Grace Forbush miró a las otras cuatro mujeres que había en la salita. Annica Sinclair, lady Auberville, se limitó a parpadear. Charity MacGregor alzó las cejas e inclinó la cabeza hacia un lado. Lady Sarah Travis cabeceó con gesto comprensivo, y Dianthe Lovejoy le dirigió una mirada de preocupación a Grace.

Grace se aclaró delicadamente la garganta y dejó a un lado la taza de té.

—Antes de comprometernos con ningún

caso, señorita Talbot, tiene usted que comprender que la Liga de los Miércoles se dedica a obtener justicia para las mujeres. Justicia. Debe ser usted completamente sincera con nosotras y debe aceptar que, si descubrimos que las deudas de juego de su hermano son legales, no podremos hacer nada para ayudarle. No podemos alterar la verdad, ni tampoco encubrirla.

Y Grace tenía la sospecha de que aquella deuda era legal. ¿Quién no habría gritado ¡Estúpido! después perder toda su fortuna?

—Sí, por supuesto —la señorita Talbot asintió con impaciencia—. He sido franca, y aunque tal vez no me gusten las consecuencias estoy dispuesta a acatarlas.

—¿Cuáles son esas consecuencias para usted, señorita Talbot? —preguntó lady Annica.

—Dentro de dos semanas, el diez de junio, me casaré con lord Geoffrey Morgan. Ya ven, yo formaba parte de la última y desesperada apuesta de mi hermano.

—¿Lord Geoffrey Morgan? —Lady Sarah frunció el ceño y miró a Grace—. No cabe duda de que estaba desesperado…

Grace asintió con la cabeza. Su experiencia personal había sido muy parecida a la de la señorita Talbot, a juzgar por las marcas antiguas y recientes que tenía en los brazos. Seguramente conservaría otras en lugares menos visibles.

Grace vio aquello como la prueba de que el hermano de la señorita Talbot, igual que el suyo, disfrutaba infligiendo dolor y dominando. Aunque a diferencia de la señorita Talbot, a ella el matrimonio con un desconocido le había resultado una vía de escape más que un destino inaceptable.

—¿Entiendo que no escogería a lord Geoffrey si dependiera de usted? —le preguntó.

—¡Cielos, no! —la señorita Talbot ahogó un grito—. Sólo lo he visto una vez, el día después de que mi hermano perdiera la apuesta. Es un jugador, y cuando les pregunté a mis amigos por él descubrí que tiene una reputación muy deteriorada. La sola idea de casarme con un hombre semejante me resulta aberrante.

La Liga de los Miércoles conocía a Geoffrey Morgan. Era amigo de Constance Bennington, un miembro del grupo. Cuando ella murió, Geoffrey Morgan desapareció durante varios años y regresó bajo una nube negra. Grace observó atentamente a la señorita Talbot. La joven tendría unos diecisiete años y era bonita en el sentido más corriente de la palabra. Tenía buena figura y facciones dulces y los ojos marrones y muy grandes. Grace podía imaginarse lo que casarse con un hombre que ya estaba casado con el juego supondría para un ser inocente como Laura Talbot. Bien, ¡pues no

ocurriría mientras ella tuviera aliento! Laura tendría la oportunidad que ella nunca tuvo.

Grace se inclinó hacia delante y palmeó suavemente la mano de la señorita Talbot.

—Si lord Geoffrey ha hecho trampas, lo descubriremos, querida. Mientras tanto, me gustaría que consideraras la posibilidad de sencillamente rechazar la deuda de tu hermano. Después de todo la deuda es suya, no tuya. No creo que en los tribunales se vea con buenos ojos un asunto así.

La señorita Talbot clavó los ojos en el regazo.

—Si esto llega a los tribunales, el escándalo arruinará lo poco que queda de la reputación familiar. Además, mi integridad y mi nombre quedarían manchados. En este momento no me atrevo a decir qué temo más, señora Forbush: La ira de mi hermano o las atenciones de lord Geoffrey. Me temo que mi hermano tiene la capacidad de hacer mi vida mucho más desagradable que lord Geoffrey. Y, teniendo en cuenta que no he alcanzado todavía la mayoría de edad, estoy atada a mi hermano.

Aquello también le sonaba. Aunque su hermano no la había apostado jugando. A ella la habían cambiado por las tierras colindantes a su hacienda.

Charity MacGregor se puso de pie y se acer-

có a la ventana de la salita para mirar hacia el parque que había al otro lado de la calle.

—Estratégicamente hablando, Grace, ¿cómo vamos a llevar a cabo esta tarea? No podemos descender a los infiernos del juego y pedir que nos muestren los libros de apuestas. Ni tampoco podemos jugar a los dados ni apostar a las cartas.

No podían, eso era cierto. Pero ella, como la viuda independiente de reputación intachable y clase social elevada que era, podría contar con cierta inmunidad en aquella materia. La sociedad la vigilaba por si cometía algún error, pero serían más benevolentes con ella que con una mujer soltera o con una casada y pensarían que se cansaría pronto de ello. Y así sería. En un plazo de dos semanas y media.

—Yo lideraré la investigación —aseguró estirando los hombros—. Estoy segura de que podré persuadir a lord Barrington para que me presente a las personas adecuadas.

Grace se giró hacia Laura Talbot y sonrió.

—No te preocupes. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para impedir tu boda con lord Geoffrey. Y comenzaré mañana mismo.

Uno

Adam Hawthorne levantó el rostro y respiró bajo la cálida lluvia primaveral antes de entrar en el imponente edificio de piedra gris a las diez en punto. Levantó el cuello de su chaqueta de piel de flecos y se sacudió las gotas de lluvia del pelo. Comodidades como los sombreros y las capas brillaban por su ausencia en el salvaje noroeste, y, después de cuatro años, resultaba difícil incluso recordar cómo eran.

Apenas llevaba un día en Inglaterra y ya se sentía fuera de lugar. Suponía que la chaqueta de piel no ayudaba. ¿Cuánto tiempo tardaría en volver a pensar y sentir como un inglés? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Nunca? Bueno, al menos había recordado que debía cumplir primero con sus obligaciones y dejar las preocupaciones de índole persona para luego.

Subió las escaleras hasta la segunda planta, siguió por el pasillo hasta llegar a la puerta del

fondo y luego se anunció a un joven delgado y con gafas.

—Soy Adam Hawthorne y vengo a ver a lord Barrington.

El joven examinó a Adam de los pies a la cabeza y tras sus pálidos ojos azules se distinguió un atisbo de curiosidad. Aquella mirada le hizo ver con claridad a Adam lo sumamente extraño que debía resultar su aspecto dentro de un ministerio en Londres. Pensó que debía incluir un sastre y un barbero en primer lugar de la lista de cosas que debía hacer. Pero eso dependía de lo que encontrara allí.

—Su señoría ya le está esperando, señor. Adelante, por favor.

Adam dio un golpe seco en el panel de vidrio de la puerta antes de abrirla y entrar. Lord Ronald Barrington alzó la vista de su taco de papeles.

—¡Hawthorne! Por el amor de Dios, qué alegría verlo —dijo señalando con un gesto el sillón de cuero que había delante de su escritorio—. Siéntese, por favor. Cuando recibí su mensaje me quedé petrificado. Lo hacíamos muerto desde hace cuatro años.

—Eso he oído, mi señor.

—¿Por qué está aquí, Hawthorne? Usted es agregado diplomático, así que yo no soy su superior inmediato.

—Sí, señor, pero estaba de agregado militar en Fort Garry. Me puse en contacto con lord Craddock en cuanto desembarqué, y cuando escuchó mis informes me sugirió que viniera a hacerle a usted una visita de cortesía. Pensó que la información que he recopilado podría resultarle de interés.

—¿De veras? —Barrington parecía intrigado cuando llamó al secretario a su despacho privado y le ordenó que tomara notas.

—Bien, adelante. Siempre me interesa lo que ocurre en las posiciones del noroeste.

Había transcurrido gran parte de la tarde cuando lord Barrington se reclinó en la silla y asintió con la cabeza, despidiendo al secretario con un gesto de la mano.

—Gracias, Hawthorne. Su información me será de gran utilidad. A pesar del Tratado de Gante que se firmó hace cinco años yo no me engaño: La influencia francesa en el Canadá no ha terminado.

Adam asintió con la cabeza. Ahora que había terminado con el trabajo podría dedicarse a sus asuntos personales, que eran los que lo habían ocupado en los últimos cuatro años y la verdadera razón por la que lord Craddock lo había remitido a Barrington.

—Necesito que me facilite una información, lord Barrington.

—Pregunte. Estoy en deuda con usted y responderé con gusto a cualquier pregunta.

—Me gustaría saber el nombre del agregado militar que estaba de servicio en Fort Garry hace cuatro años.

Lo cierto era que necesitaba ese nombre más que el aire que respiraba. Averiguar el nombre del malnacido que había dado la orden de diezmar a la tribu de los Chippewa, con los que él había estado viviendo, era la única razón que lo había mantenido durante los largos y helados inviernos acurrucado en la tienda, padeciendo privaciones, hambre y nostalgia.

—¿Hay alguna razón particular por la que desee esa información, Hawthorne?

Adam fingió indiferencia. Suavizó la expresión y sonrió.

—Sólo curiosidad por saber quién me dio por muerto, señor.

—Creo que fue una partida del fuerte local. Salieron de patrulla y regresaron con la noticia de que todo el mundo, incluidas las mujeres y hasta el último niño, habían sido asesinados por una tribu rival.

¡Idiotas! ¡Malditos idiotas! ¿Había investigado alguien el ataque? Seguramente no. Habían hecho que pareciera un ataque entre tribus. ¿Estaba ocultando Barrington la verdad o era tan estúpido como para creer que las tribus veci-

nas se atacaban unas a otras sin ninguna razón ni provocación? No podía ser tan ingenuo. Pero con la ayuda de Barrington o sin ella, alguien terminaría hablando. Aunque fuera a punta de cuchillo.

Sus largos años en el cuerpo diplomático acudieron en su ayuda. Deslizándose en la piel del inglés que era, se tragó la rabia y le dedicó otra sonrisa a Barrington.

—Me gustaría decirle en persona que sí hubo unos cuantos supervivientes. Creo que eso le tranquilizará.

—Sí, pero, ¿cómo sobrevivieron? Las noticias que nos llegaron fueron que no quedó ni un alma. Y dada la fiereza del ataque se pensó que no se habían tomado prisioneros.

Adam asintió con la cabeza.

—No se tomaron, señor. Yo había salido con una pequeña partida de caza el día anterior al ataque. Éramos ocho, y cuando regresamos al pueblo y nos encontramos con… Bueno, al considerar a los ingleses responsables, y en lugar de matarme, mis anfitriones me tomaron prisionero y me llevaron hacia el sur, hacia un lugar que los indios llaman *Chick's a gami*. El resto ya lo conoce, señor.

—Sí, de acuerdo. Tendré que revisar los archivos para buscar su nombre. Tal vez me lleve algo de tiempo. ¿Se va a quedar en la ciudad?

Adam sintió menos tensión en los hombros. Se puso de pie y sonrió.

—Sí, señor. Tengo que hacer cosas aquí. Lord Craddock me ha dicho que me van a readmitir y me pagarán los atrasos. Tengo que ocuparme de mi casa y mis tierras de Devon. Como me dieron por muerto, imagino que habrán vendido el ganado, pero confío en que la casa siga en manos de la familia.

—La familia —repitió Barrington. Parecía pensativo.

—Bueno, sólo quedamos el tío Basil y yo, a menos que su joven esposa le haya dado algún heredero.

—¿No ha ido todavía por allí?

Adam recordó su amplia casa de Bloomsbury Square y sonrió.

—Quería dejar mis asuntos zanjados para poder relajarme y disfrutar del encuentro. No conozco a mi nueva tía, ¿sabe? El tío Basil me contó que la conoció cuando le vendió una parcela de tierra a su hermano. Ella se hallaba en la campiña cuando yo estuve por última vez en Londres camino de Gante, pero vi su retrato en el estudio del tío Basil.

¡Y qué retrato! La sangre le había hervido durante semanas después de verlo, y también durante muchas largas noches de invierno desde aquel entonces. Unos ojos oscuros y sen-

suales observaban el mundo desde un rostro perfecto. Tenía una expresión de sentirse segura de sí misma, y Adam sintió por primera vez en su vida envida de su anciano tío. Tenía la sospecha de que su esposa era una cazafortunas, porque una mujer como aquélla podría haberse casado con alguien de posición social considerablemente más elevada. Y considerablemente más joven. Se preguntó si todavía habría fuego en aquellos ojos oscuros.

Barrington exhaló un profundo suspiro y no quiso mirar a Adam a los ojos.

—Maldita sea, Hawthorne. Craddock debió habérselo dicho. Me temo que tengo malas noticias. Su tío murió en cuanto tuvimos noticias de que usted había muerto. Todo el mundo dijo que fue por la pena, pero había algo más.

Adam volvió a sentarse e intentó comprender aquel último eslabón en una cadena de amargas decepciones.

—¿Pero cómo…?

—No se encontraba bien. Hizo lo posible por disimularlo delante de usted en su última visita. No quería preocuparlo, dijo. Cuando recibimos la noticia de su muerte, se le fueron las fuerzas. Arregló las disposiciones finales y dejó sus asuntos en orden. Lo último que hizo fue cambiar su testamento para dejárselo todo a ella.

Adam asintió con la cabeza, registrando la lógica de todo aquello. Ya había descubierto en su reciente visita al banco que su tío había cerrado sus cuentas y se había llevado sus ahorros, pero confiaba en que se los entregaran. Ah, pero ahora todo estaba en manos de su viuda y no era difícil imaginar lo que haría.

—Bueno, al parecer hay algunos asuntos que habrá que clarificar. ¿Tuvieron ella y mi tío hijos?

—No —aseguró Barrington.

—¿Se ha vuelto a casar?

—Parece estar bastante contenta siendo viuda. Vive con mucha discreción —explicó Barrington—. Su reputación es intachable. Ni un asomo de escándalo.

—Es discreta, entonces —concluyó Adam.

—No se trata de ser discreta. No tiene nada que ocultar.

Adam miró a lord Barrington. Quedaba clara cuál era su reacción ante su crítica implícita. Era más que evidente. ¡Que lo asparan si Barrington no estaba enamorado de su tía viuda! Se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Me alegra saberlo —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Cuando encuentre el nombre del agregado militar de Fort Garry, ¿me avisará?

—¿Dónde podré encontrarle?

Adam sonrió. Se le estaba ocurriendo una

idea. Sólo había una manera de llegar al fondo de la muerte de su tío.

—Cuando esté instalado os lo haré saber, señor.

El sonido de la campanilla en el piso de abajo anunciaba visita. Un rápido vistazo al pequeño reloj de esmalte que tenía en la mesilla de noche urgió a Grace a apresurarse. Al parecer, Ronald Barrington se había adelantado. Se suponía que no debía recogerla hasta el cabo de una hora. La señora Dewberry, su ama de llaves, lo llevaría a la biblioteca y le serviría una copa de oporto, pero no quería dejarlo solo tanto tiempo. Tenía tendencia a husmear su correspondencia privada.

Mirándose en el espejo, se colocó unos cuantos mechones rebeldes de cabello. Siempre llevaba su melena oscura peinada hacia atrás y recogida en un moño bajo debido a su tendencia a despeinarse.

—De verdad, tía Grace, creo que deberías cortarte la mitad y dejarte el resto rizado —Dianthe sacudió su rubia cabeza y se rió—. Nunca he visto un pelo tan largo. Y creo que parecerías más joven si te lo dejaras suelto.

Sí, aquél era parte del problema. Grace no quería parecer más joven. Aunque tenía apenas

diez años más que Diantre, había aprendido a comportarse como si tuviera veinte más. Sonrió.

—Si me lo corto nunca podré volver a controlarlo.

Grace se cruzó con la mirada de su sobrina en el espejo. Estaba tumbada en la cama con la barbilla apoyada en la mano. Era del dominio público que Dianthe era una de las bellezas del lugar.

—¿Por qué no has considerado nunca a Barrington como un marido potencial?

¿Debería darle a su sobrina la respuesta más fácil o contarle la verdad? ¡Cielos, la verdad no! Era demasiado humillante como para admitirla.

—No es que crea que pueda ser cruel o poco amable, pero en ocasiones me asfixia con su condescendencia y sus intentos de moldearme para convertirme en su ideal. Y no lo quiero del modo que una esposa debería querer a su marido.

Eso sí. Aquello sí era verdad.

Los ojos azules de Dianthe parpadearon.

—¿Te refieres al modo en que mi hermana quiere a McHugh?

—Sí, de esa manera —contestó Grace—. No hay más que mirarlos a él y a Afton para saber que están hechos el uno para el otro.

—Ese tipo de amor es muy poco frecuente —la joven suspiró y se incorporó—. Estoy segura de que yo no me sentiría cómoda con algo tan salvaje. Prefiero un hombre al que

pueda manejar. Y tú podrías manejar a las mil maravillas a lord Barrington, tía Grace. ¡Eso es una ventaja!

¡Oh, si Dianthe supiera! Grace se colocó una redecilla con cristalitos incrustados en el moño y se incorporó. Se atusó el vestido, confeccionado en una seda borgoña que le proporcionaba un aire de madura elegancia, una imagen que buscaba conseguir constantemente. Si alguien supiera lo que latía por debajo de la superficie, la sociedad le cerraría las puertas.

—Ya basta de hablar de mí, Dianthe. ¿Qué vas a hacer tú esta noche?

—Nada tan interesante como lo tuyo. ¿Estás segura de que no puedo ir contigo y con lord Barrington?

—Completamente segura —respondió Grace riéndose.

—Mmm… Entonces supongo que debería ir a la fiesta de Hortense y Harriet Thayer con lady Sarah y su esposo. Apuesto a que me divertiré mucho menos que tú.

—¿Apuestas? Muy graciosa, Dianthe. Esto no es más que el primer paso. Dudo mucho que pueda apostar mucho esta noche. Mi única intención es acostumbrarme a la atmósfera y a las costumbres… Y tal vez me aprenda un juego o dos antes de competir con lord Geoffrey para no parecer una completa novata.

—¿Te ha preguntado el querido Ronnie sobre tu súbito interés en el juego?

—Lo cierto es que sí. Hizo falta un poco más de persuasión de lo que yo esperaba para obtener su ayuda. Me limité a decirle que quería hacer algo nuevo.

Dianthe se rió.

—Creo que ha consentido sólo para evitar que le pidas a alguno de tus admiradores que te acompañe.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció a señora Dewberry. Parecía como si se le hubiera caído el mundo encima.

—¡Oh, señora Forbush! Hay un hombre abajo… ¡Un indio piel roja! Quiere entrar. He intentado que se fuera, pero no ha querido.

Dianthe se puso de pie y miró hacia el pasillo con los ojos abiertos de par en par.

—¿Un indio piel roja? ¡Qué intrigante! Me pregunto qué querrá…

—No me lo puedo imaginar.

Lo último que Grace deseaba en aquel momento era tratar con un desconocido confuso. Bueno, se limitaría a darle la dirección que buscaba para que se marchara.

—¿Dónde lo ha dejado, señora Dewberry?

—En la biblioteca, señora Forbush. No podía dejarlo en la entrada, ¿verdad? Podrían verlo los vecinos.

Grace suspiró. Estaba menos preocupada por lo que pudieran decir los vecinos que por el propio desconocido. Un indio piel roja podría ser peligroso. ¿Y si no conseguía hacerse entender, como le había sucedido a la señora Dewberry? Se recompuso y bajó a buen paso las escaleras. Quería librarse de aquel hombre antes de que llegara lord Barrington.

Dianthe la siguió pisándole los talones.

—Nunca he visto a un indio piel roja —susurró—. Me pregunto si serán tan fieros como los pintan. ¿Bajo una pistola?

—Por supuesto que no —dijo Grace abriendo la puerta de la biblioteca—. Pero si empieza a causar problemas, avisa a la señora Dewberry. Creo que está en su cabaña.

Alzó la barbilla y abrió la puerta en silencio.

Había un hombre alto y delgado a un lado de la mesa, dándole la espalda. Estaba sujetando una botella de brandy y una copa. Iba vestido con pantalones de piel, chaqueta de flecos y botas que le llegaban hasta las rodillas. Y por encima, con aspecto letal, un cuchillo muy largo que le colgaba hasta la rodilla derecha. El cabello, largo y recogido hacia atrás con una correa de cuero, era castaño y la luz de la chimenea brillaba con destellos de luz. El desconocido sacudió los hombros casi imperceptiblemente y Grace supo que se había percatado de su presencia.

Dio dos pasos, entró en la biblioteca y afectó una actitud que confiaba pareciera amable y al mismo tiempo firme.

—Buenas noches, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

Él se giró y Grace se quedó sin aliento. Desde luego, no era ningún indio. Sería unos cuatro o cinco años mayor que ella. Tenía la piel profundamente bronceada pero los ojos eran de un marrón verdoso. La nariz era fuerte y recta, una nariz aristocrática, y los labios carnosos y sensuales. Cuando se giró hacia ella lo hizo con un movimiento ágil y silencioso, como si fuera un animal. El pecho, desnudo bajo los flecos de la chaqueta, era fuerte y musculoso, y Grace se encontró con la vista clavada en él. Quería mirar hacia otro lado, pero no podía. Estaba hipnotizada.

Él sonrió y el brillo de sus dientes blancos la desarmó por completo. El corazón le latió con fuerza y su respiración se hizo más agitada. El hombre estiró una mano, tomó la suya y se inclinó. Tenía los labios apretados y fríos, y aquel contacto la hizo estremecerse. Cielos, ¿qué le estaba ocurriendo?

Entonces el hombre se incorporó y le dedicó otra de aquellas asombrosas sonrisas.

—Hola, tía Grace.

Dos

A juzgar por el gesto de asombro que rápidamente trató de ocultar, Adam supo que ella no tenía ni idea de qué hacer con el salvaje de la biblioteca. Era interesante observar las reacciones de gente que, cuatro años atrás, hubiera estado encantada de tratar con él. A juzgar por el vestido que llevaba, Adam supuso que la había interrumpido cuando se preparaba para salir.

Estaba tan impresionante como en el retrato: sensual, distante… ¿Intocable?

Ella parpadeó y una expresión cautelosa cubrió sus facciones perfectas.

—Me temo que me confunde usted con otra persona.

Ah, eso estaba bien. Muy afable. Ni un solo gesto que indicara nada más que una confusión natural bajo la superficie. Incluso la voz era calmada. Adam sintió admiración por su aplo-

mo. Había conocido embajadores con mucha menos confianza en sí mismos.

Le soltó la mano a regañadientes. Era la primera mujer inglesa que tocaba desde hacía cuatro años, y le impresionaba el deseo súbito que lo asaltó.

—Me llamo Adam Hawthorne. Soy el sobrino de tu marido. ¿No te habló nunca de mí?

Los labios rosa pálido de Grace se entreabrieron ligeramente, como si estuviera intentando decir algo pero no fuera capaz.

—¿Adam? —consiguió pronunciar finalmente—. Yo… Me dijeron que habías muerto en un ataque indio.

—La noticia de mi muerte fue un poco prematura —aseguró él con una sonrisa.

—¡Oh, Dios mío! —Grace se apretó el puente de la nariz con un dedo en gesto de angustia y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo… No sé cómo decirte esto, Adam, pero tú tío… Mi esposo… está muerto.

Su compasión lo pilló desprevenido y Adam contuvo su propia pena. Ya se enfrentaría a ella más tarde, a solas.

—¿Significa eso que no soy bienvenido aquí? —preguntó.

—¡Oh, por supuesto que eres bienvenido! Eres el único pariente del señor Forbush. Hablaba mucho de ti.

¿Se refería a su esposo como el señor Forbush? Aquello no hablaba precisamente de una relación íntima.

—Estaba muy orgulloso de ti.

—Espero que no te importe que me haya servido yo mismo —preguntó alzando su copa de brandy—. Hace muchos años que no me tomo una copa.

—Por supuesto que no. Siéntete como en tu casa.

Oh, ésa era desde luego su intención.

—Gracias, tía Grace —Adam se detuvo un instante para sonreír con sorna—. Lamento resultar poco serio, pero me parece extraño llamar tía a alguien obviamente más joven que yo.

Ella le indicó con un gesto el sofá que había frente a la chimenea.

—Me temo que toda la situación es un tanto extraña. Decir que estoy sorprendida es quedarse corto.

—No menos sorprendido de lo que yo estoy al saber que mi tío murió durante mi ausencia.

Ella miró de reojo a la hermosa criatura rubia que parecía haberse quedado clavada en el suelo.

—Adam, quiero presentarte a mi sobrina, la señorita Dianthe Lovejoy.

Él se inclinó y observó que la joven tenía la vista clavada en los flecos de su chaqueta de

piel. Ella se acercó un poco más a su tía. ¿En busca de protección?

Grace dio unos cuantos pasos más hacia el interior de la sala.

—¿Puedo atreverme a pedirte que me cuentes los detalles de cómo… has llegado hasta aquí?

Adam no tenía fuerzas para volver a repetir la historia por segunda vez el mismo día. Una versión reducida tendría que valer.

—No hay mucho que decir —dijo sentándose en el extremo del sofá—. Un pequeño grupo de Chippewa me tomó prisionero cuatro años atrás y cuando tuve la libertad de marcharme encontré razones de peso para quedarme. Pero llegué a un punto en el que regresar me resultó imperativo.

—Y aquí estás —concluyó ella tomando una silla para sentarse frente a él.

Grace se cruzó las manos en el regazo y Adam aprovechó el momento para felicitarse por el juicio que había hecho del retrato que vio tantos años atrás. Sin duda, la esposa de su tío era todo frialdad y compostura por fuera. ¿Tan fría como para matar a su tío? Ah, pero había algo más, algo que el artista no había sido capaz de captar con las pinceladas sobre el lienzo. Bajo el helado exterior se ocultaba una chispa de fuego. Se trataba de un calor candente

que podría poner a un hombre de rodillas por el deseo, aunque no muchos tendrían el valor de atravesar aquella actitud intimidante. Pero Adam tenía suficiente mundo como para saber que Grace Forbush era una mujer que se contenía. Ocultaba más que una sexualidad abrasadora, y no se marcharía de Londres hasta que descubriera de qué se trataba.

—Escribí —dijo finalmente—. Pero no había dónde echar la carta.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad, Adam?

—No mucho. Tengo que rematar algunos asuntos y me gustaría contactar con algunos viejos amigos. Luego me iré a Devon. O, dependiendo de las respuestas que obtenga aquí, regresaré a Canadá.

—¿Has decidido instalar tu hogar allí?

—No.

Adam clavó la vista en su brandy. Había viajado por todo el mundo en busca de aquello, pero nunca había encontrado un «Hogar». Incluso Inglaterra le resultaba ahora extraña. Se dio un golpecito mental y volvió a alzar la vista.

—Pero todavía hay un asunto pendiente.

Grace parecía sentir curiosidad, pero era demasiado educada como para preguntar. Así que optó por cambiar de tema.

—¿Has encontrado un buen acomodo en la ciudad?

Se había quedado en un posada de mala muerte la noche anterior, después de desembarcar. No había pegado ojo, esperando que uno de los criminales que lo estaban tanteando le robara la bolsita de cuero que contenía todo lo que le quedaba en el mundo. Pero nadie lo había molestado. Tal vez porque se había tumbado con el cuchillo en la mano, aquel cuchillo de filo mortal que había sido su compañero fiel durante los últimos cuatro años.

—Mi barco atracó tarde, así que busqué alojamiento cerca de los muelles. Y luego, por supuesto, está el dinero. Como me habían dado por muerto, imagino que mis cuentas estarán cerradas.

La encantadora viuda frunció el ceño y volvió a apretarse la frente con un dedo. Adam se preguntó si sería consciente de que con aquel gesto estaba traicionando sus emociones.

—Debes quedarte aquí, por supuesto.

—Es muy amable de tu parte, tía Grace, pero…

—No, insisto. Verás: El señor Forbush canceló tus cuentas y, en ausencia de otro heredero, absorbió tus ahorros.

Adam se las arregló para parecer sorprendido.

—Ya. Bueno, era lógico que hiciera eso.

—Sí, pero ahora supone una complicación. Necesitaré revisar las cuentas, separar tu dinero del suyo y atribuirte todos los intereses que te hubieran reportado las cuentas si hubieran seguido abiertas. He hecho algunas inversiones con esos fondos, y desde luego repercutirán en ti. Pero me temo que todo esto llevará algún tiempo. Pero si prefieres no quedarte aquí, te adelantaré una cantidad y…

—Estaré encantado de alojarme contigo.

Si Adam le daba un instante más para pensar en otras alternativas, ella seguramente retiraría la invitación. Y para sus objetivos resultaba mucho más conveniente quedarse allí.

—Lo cierto, tía Grace, es que me gustará volver a formar parte de la familia —se apresuró a añadir.

Aquello era cierto. Suspiraba por sentirse parte de algo, pero nunca lo había conseguido. Ese vacío era lo que lo había llevado al Cuerpo Diplomático. Pensó encontrar un «hogar» en sus viajes. Pero no fue así. Sólo halló más soledad.

Adam sonrió cuando su anfitriona solicitó la ayuda de su sobrina.

—Dianthe, por favor, busca a la señora Dewberry y dile que prepare la habitación de invitados para el señor Hawthorne. Y dile que

haga subir la bañera y… el baúl del desván que tiene el nombre del señor Hawthorne.

Grace se giró hacia él y ladeó la cabeza mientras la señorita Dianthe salía a toda prisa de la biblioteca.

—Tal vez allí haya algo que te puedas poner hasta que tengas tiempo de ver a un sastre, pero ahora tendremos que airear la ropa un poco. Seguramente olerá a alcanfor y a cerrado. ¿Has cenado ya?

Qué eficiente era. Al parecer no había nada que pudiera hacerle perder la compostura durante mucho tiempo. Habría sido una excelente esposa de diplomático.

—Me temo que no.

—Le diré a la señora Dewberry que te traiga una bandeja.

¿Acaso le estaba prohibido comer en la mesa?

—No quiero causar ningún problema.

—No es ningún problema. Lamento que ni Dianthe ni yo podamos cenar contigo hoy, pero ambas tenemos compromisos previos. Aunque mañana dedicaremos algo de tiempo a conocernos mejor. Estamos deseando escuchar tus aventuras.

Las únicas aventuras que podía contarles no estaban hechas para oídos civilizados, pensó Adam. Pero sin duda se conocerían mejor, pensó mientras observaba a la mujer. ¿Era una

cazafortunas? ¿Habría habido algo extraño en la muerte de su tío? Tenía la intención de averiguarlo.

Cuando el coche se acercó al infierno infame que había cerca de St. James Square, Grace se decidió finalmente a hablar.

—¿Lo sabías? ¿Y por qué no me advertiste? Me quedé tan asombrada que debí parecer una auténtica idiota.

Al menos Ronald Barrington tuvo el buen gusto de parecer avergonzado.

—No tenía ni idea de que iría a verte hoy. Pensé que se instalaría en algún sitio y…

Ella se arrebujó en la capa sin mangas y agarró con fuerza el bolsito de abalorios mientras el aire frío y húmedo se colaba por la ventanilla del coche.

—Se ha instalado… En mi casa. No es que quiera negarle mi hospitalidad, pero éste no es el mejor momento.

—Tampoco entraba dentro de mis planes, Grace. Esto me ha provocado a mí también muchos inconvenientes.

Ella miró de reojo a su acompañante. Tenía cincuenta y muchos años, algo de sobrepeso y aspecto sonrosado. Y podía desconcertarla con su pomposidad.